



Tiempo sombrío. Y sin embargo, veo libros y rosas...¹

por Alejandro Hernández Palafox

La ficción nos da intensidad, alegría, comprensión, recuerdos que nunca fueron, emociones que permanecen.

Entiendo la ficción como una creación que puede reflejar la realidad, no como lo hace el espejo, sino como lo hace el lago que refleja la luna.

En el espejo la realidad es duplicación sin agregado. El agua del lago, en cambio, es claridad que deforma y enseña, que se agita suavemente y desdobra lo que se oculta en la apariencia.

Por eso, en mi doble vocación de periodista y escritor, asumo el valor del espejo que nos lo dice todo, pero prefiero el valor del reflejo del agua que sin retratarlo nos sugiere más.

La mirada rebota en el espejo; en el reflejo, se adentra en lo insondable.

El espejo es para los ojos, el reflejo que oscila es para el alma.

Así estamos en condiciones más propicias para entender algo del mundo.

La violencia en el México de hoy es invasión cotidiana de la tensión colectiva, del miedo, de la duda, de la pérdida de la alegría.

Pero hay en la naturaleza del ser humano un algo que siempre sabe tejer redes de esperanza, que tiene que ser más grande, más terco, más imperecedero que el lazo que pretende atarlo.

¹ Agradezco a los organizadores de este Congreso su amable y honrosa invitación, a los directivos y equipos de la UNAM, al Centro Cultural de Morelia, a la Red Internacional de Investigación en Literatura y Derechos Humanos y al Centro Cultural Universitario Tlaltelolco, entre otras instituciones. Con enorme gratitud y afecto, saludo a Sandra Lorenzano, a la que sigo porque, en vista de que tiene rumbo, causas y generosidad, cuando me invita sólo sé decirle Sí.



Sé que las flores y los libros son frágiles. Basta un pequeño golpe para acabar con una rosa y un diminuto incendio para hacer cenizas relatos, testimonios y poemas.

Me entusiasma una convicción mayor: las balas pueden destrozar libros y rosas, pero, sembrados a tiempo, los libros y las rosas pueden evitar que se disparen.

Precisamente Sandra Lorenzano publicó recientemente un texto que me provocó algunas astillas. Sandra evoca el doloroso comienzo del poema *Réquiem*, de Anna Ajmátova:

Cuenta la propia Anna que cuando estaba formada ante la puerta de la cárcel de Leningrado con otras muchas mujeres que iban a ver a sus seres queridos, alguien la reconoció y le preguntó en voz baja: "¿Usted puede describir esto?". "Puedo", contestó Anna, quien recuerda: "Entonces algo similar a una sonrisa se asomó a lo que alguna vez había sido su rostro".

Dice Víctor Hugo que en tiempos difíciles, la literatura adquiere carácter documental.

¿Qué es lo que tenemos que describir hoy?

Hace apenas unos días todos supimos de la muerte sin sentido de estudiantes de cine en Jalisco. ¿Es eso lo que tenemos que documentar?

¿El estupor de unos padres al enterarse de que sus hijos han sido disueltos en ácido?

Uno puede imaginar que no hay nada peor que ver morir a un hijo, a una hija.

Pero hay otra pena mayor: no verlo morir.

Y aun otra: saber que no murió sino que alguien lo asesinó.

O ni siquiera saber si está vivo o muerto.

O saber que está muerto, que todos lo saben, pero que no es posible abrazarlo ni besar su frente en la despedida que todos merecemos.

Doble desaparición.

¿Es esto lo que debemos describir?

¿O debemos describir la rara sensación de que todos somos daños colaterales en potencia?

¿Alguien me verá, o peor aún, verá a uno de los míos, lo confundirá, le arrebatará la risa, los sueños, los amores, la tibieza de su casa?

¿O una de esas balas perdidas que la estulticia dispara encontrará un corazón, una arteria, un trozo vital de mi existencia?

¿El lugar y el momento equivocado? Frase fallida con la que la autoridad se justifica.

Protesto: no debería haber un solo lugar equivocado.

Protesto: el momento equivocado puede ser un accidente. Pero un proyectil que se dispara en una batalla ajena no es un momento equivocado. Es producto de la maldad, la ambición o la ira. O de nuestra incapacidad de decirle no a la violencia y detenerla.

Protesto: no más frases hechas para lamentar, condenar o indignarse. Los tuits oficiales que lamentan lo que no impiden son sólo vacío.

Recurro a William Faulkner para decir con él: "No hay mayor miseria que tener miedo. Nuestra tragedia actual es un miedo físico general y universal, tan largamente padecido que hemos llegado incluso a soportarlo".

Dice también:



Me niego a aceptar el fin del hombre. Creo que el hombre no sólo persistirá: prevalecerá...
El deber del poeta, del escritor, es escribir acerca de estas cosas. Tiene el privilegio de ayudar al hombre a persistir aligerándole el corazón, recordándole el coraje, el honor, la esperanza, el orgullo, la compasión, la piedad y el sacrificio que han sido la gloria de su pasado. La voz del poeta no debe ser un mero registro del hombre, puede ser uno de sus sostenes, de los pilares que le ayuden a persistir y a prevalecer.

Faulkner manifestaba esta angustia y esta esperanza, en medio de las atrocidades de su tiempo, la Guerra Fría, el suspenso permanente frente a poderes abstractos ajenos e inmensos que podrían hacer desaparecer el mundo.

Nosotros, ahora, en México, estamos en circunstancias proporcionalmente parecidas.

No estamos a la espera de la destrucción total del mundo, pero sí nos sentimos acechados por la destrucción.

En 2013 publiqué la novela *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, en la que narro una experiencia de cinco años caminando y viajando en medios y condiciones extremas junto a los migrantes, tanto de los centroamericanos en su paso por México como de los migrantes mexicanos intentando cruzar la frontera con Estados Unidos.

Tenía poco que agregar y mucho que conservar en la memoria. La ficción sólo fue recurso para estructurar la historia, pero todas las historias que la componen me las dio una realidad doblemente sorprendente: el extremo y el dolor de la injusticia, por una parte, y el extremo del valor y la generosidad por otra.

Aprendí, por ejemplo, que una madre permanece junto a sus hijos por amor, pero que puede haber otra expresión de amor más grande: la de abandonarlos para poder darles desde tierra ajena lo que no puede dárselos en la tierra propia.

Aprendí que hay seres humanos dispuestos a huir de la muerte buscando la vida y que al buscar la vida pueden encontrar la muerte. Lo saben, pero toman el riesgo como destino. Dijo un hondureño: "Si de todas formas voy a morir, al menos déjame morir dando un paso".

Aprendí en el camino que la esperanza no es para quien tiene lo necesario, sino para quien nada tiene. Y que la paradoja de la migración indocumentada es abandonarlo todo por no tener nada.

Aprendí que el ser humano puede estar por encima de las adversidades mediante la certeza de que un nuevo horizonte lo espera más allá de riesgos y maldad. Aprendí a sonreír frente a mis dificultades porque nuestras tribulaciones cotidianas son nada frente a los obstáculos que enfrentan los migrantes.

Por eso hoy puedo decir que flores y libros pueden ser invulnerables a las balas, y que en ellos hay semillas de enormes árboles e historias.

Dice Albert Camus que a menudo "aquellos que han elegido su destino de artistas porque se sentían diferentes, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte, ni su diferencia, más que aceptando su semejanza con todos".

El escritor "tiene dos tareas que conforman la grandeza de su oficio: el servicio a la verdad, y el servicio a la libertad".

"Por definición, no puede ponerse al servicio de los que hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren".



“La nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos compromisos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que sabe y la resistencia a la opresión”.

Cito una vez más a Camus: “Cada generación se cree llamada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá rehacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga”.

Impedir que el mundo se deshaga. Impedir que el mundo nuestro, el de cada quien, se deshaga por la absurda violencia que ahora nos sobrecoge. Tenemos que lograrlo.

No se trata de una utopía ni de un optimismo vacío. Se trata de un optimismo que hay que legitimar con nuestras acciones. Y se trata de un deber. No podemos dejar que el dolor que inflige la violencia nos arrincone. Es así o nada podrá justificar nuestro paso por la Tierra.

John Steinbeck dice que “El hombre mismo se ha convertido en nuestra principal amenaza y en nuestra única esperanza.” Y agrega: “Sostengo que un escritor que no crea en la capacidad de perfeccionamiento del hombre no ha de dedicarse a la literatura y carece de lugar en ella”.

Quizá el perfeccionamiento del ser humano está en la vida de todos los días, en la vida que se desenvuelve con la sencillez del oficio que alumbra suavemente y a nadie daña. Tal vez en este sentido decía Pablo Neruda que “el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día [...]. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día como una obligación comunitaria”.

Este oficio, como tantos otros que dan viabilidad a la vida personal y social, es el que nos brinda la esperanza frente a la multiplicación del delito:

hablamos de narcotráfico, pero la violencia es hoy polvo que se expande:

Extorsión

Derecho de piso

Acoso

Homicidios al amparo de la atmósfera de sangre e impunidad

Robo de combustible

Desapariciones

Secuestro de migrantes

Trata de personas

Robo de cables de todos los materiales

Disputas resueltas a tiros, al fin la violencia anda suelta y se evapora, impune, frente a nuestros ojos.

La narrativa de ficción es una forma de rescatarnos.

Dice Gabriel García Márquez:

Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de nuestra realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de recursos para hacer creíble nuestra vida.

Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con derecho a creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. La nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie puede decidir por otros hasta su forma de morir,



donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Con la certidumbre de que no es, no puede ser demasiado tarde, docenas de narradores en México trabajan para describir lo que sucede.

Con esa certidumbre escribí *Los últimos días de Ramón Pagano*, la novela del primer condenado a muerte en México, una ficción para contar lo que ocurre sin violencia explícita, sin hacer de los capos unos héroes y sin glorificar el delito. Una ficción para contar la vida de hoy, reírnos un poco, y mantener alejada de nuestra legislación la tentación de la pena de muerte, ansiosos como estamos en nuestra necesidad de justicia.

La solución no es muerte sobre muerte, sino vida sobre todas las condiciones adversas, que es una forma de pensar en la justicia como vía para construir la paz.

En 1968 tuvimos muertes tempranas.

Indignados, luchamos para que fueran las últimas.

En 1985 y 2017 supimos que cuando la tierra se sacude hay muerte inevitable.

Pero también que la corrupción mata.

Y que la solidaridad rescata: "La tierra se abre y la gente se junta", escribió Juan Villoro.

Ante el horror de los tiempos que corren, tenemos que ser capaces de unirnos frente a las grietas que por todas partes se abren y hacen de nuestro país un inmenso cementerio o, peor aún, una enorme fosa clandestina, en la que podemos caber todos:

Los culpables y los inocentes.

Los soñadores y los sicarios.

Los amorosos y los asesinos.

Los niños y los adultos.

Las niñas y las mujeres.

Los poetas y los secuestradores.

Todos hijos de la misma vida y de la misma muerte.

¿Qué puede hacer frente a esto la ficción?

Poner orden en el caos.

La ficción, sí, una ficción testimonial.

Capaz de narrar y describir sin darle gusto al morbo, más allá de lo explícito.

Una forma de narrar que extrapole la realidad para que se aprecie mejor.

Quizá una caricatura, una ironía, una farsa.

Lo que se quiera, pero que libere y a pesar de todo alimente la esperanza.

Dice Orhan Pamuk:

La literatura es el arte de narrar nuestra propia historia como si fuera la de otros y de narrar la historia de otros como si fuera la nuestra. [...] Para mí ser escritor significa reconocer las heridas que llevamos dentro, sobre todo las heridas secretas de las que no sabemos casi nada, descubrirlas con paciencia, estudiarlas y sacarlas a la luz para luego asumirlas y hacer de ellas una parte consciente de nuestra escritura e identidad.



Y sintetiza: "Escribo porque sólo modificando la realidad puedo soportarla".

Comprendo el sentido de modificar la vida mediante la ficción como la capacidad del arte de la escritura para presentarnos, a la luz del trabajo creativo, lo que en realidad somos.

Dice Mario Vargas Llosa que aprender a leer es la cosa más importante que le ha pasado en la vida y que sus lecturas,

Además de revelarme los secretos del oficio de contar, me hicieron explorar los abismos de lo humano, admirar sus hazañas y horrorizarme de sus desvaríos. [...] Seríamos peores de lo que somos sin los buenos libros que leímos, más conformistas, menos inquietos y rebeldes, y el espíritu crítico, motor del progreso, ni siquiera existiría.

Y respecto de las ficciones, afirma que las inventamos "para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una sola."

Permítanme invitar también a Flaubert a esta mesa. Oigámoslo decir: "Escribir es una forma de vivir".

La literatura introduce en nosotros, según Flaubert, la inconformidad y la rebeldía, que están detrás de todas las hazañas que han contribuido a disminuir la violencia en las relaciones humanas. A disminuir la violencia, no a acabar con ella. Porque la nuestra será siempre una historia inconclusa. Por eso tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición perecedera, de derrotar a la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible.

Dice Diego Osorno: "Debemos escribir más que nunca y sin parar porque no basta encender una vela por la paz".

México vive tiempos sombríos. Doce años de violencia que escala. El valor de la vida humana parece disminuir. Se mata por poder, dinero, perversión, advertencia y venganza. Y también por equivocación.

El daño colateral es eufemismo para decir que se puede ser víctima por confusión, accidente o coincidencia.

Frente a fosas y desapariciones, dolor infinito, la esperanza nos levanta y la utopía nos hace caminar.

En medio de la turbulencia, hay libros y flores. Páginas y pétalos dan orden al caos. La verdad y la belleza derrotan al miedo. El derecho a la vida, que hace posible el ejercicio y goce de los otros derechos, merece mucho más de lo que nos ofrecen gobiernos y tribunales.

Las balas pueden destrozar flores y libros, pero sembrados a tiempo, libros y flores pueden impedir que se disparen.

Alejandro Hernández Palafox

Escritor y periodista

alejandro5370@yahoo.es